

Periodismo conspirativo, púlpitos radiofónicos y nuevo plebiscito

Rafael Cid

Periodista. Director de la revista Crisis.

De un golpe, la prensa ha suprimido las condiciones que hacían posible el poder absoluto de los gobernantes

Gabriel Tarde

En las tripas de la vida política española libran combate tres culturas distintas y distantes que tratan de imponer sus valores. En unos casos estas culturas se manifiestan refrendando los viejos códigos o renovando los establecidos mediante simple acatamiento democrático y en otros fomentando una descodificación política del poder electoral a través de un nuevo plebiscito.

Estas tres culturas de poder que constituyen aquí y ahora uno de los problemas centrales de actualidad son la reduccionista o fósil, la centrista o posibilista y la formalmente regeneracionista o antisistema. Lo que diferencia, visto desde la problemática presente, esta disidencia de otras pasadas, es la calidad de los contenidos de las conciencias que determinan las conductas de los individuos (la formación de la opinión) y construyen la vida social.

Siguiendo el esquema pionero y clásico del sociólogo de la comunicación Gabriel Tarde, podríamos decir que en la cultura reduccionista la formación de la opinión se realiza vía tradición, en la cultura centrista

se hace través de la razón y en la regeneracionista el mecanismo de causalidad (conciencia-conducta) se nutre de la «conversación», entendida en código tardiano.

La cultura reduccionista o fósil es la que podríamos llamar histórica o tradicional. Está representada por sectores que añoran la mejor recuperación de cualquier tiempo pasado. Su drama radica en el agotamiento de sus programas y en la gerontocracia de sus referentes. Es como el antidemocrático reclamo a la «constitución interna» tan socorrido por los inmovilistas.

Se trata de un grupo ya con escasa clientela, situada al margen de la *Realpolitik* y carente de espacio de poder en el conglomerado mediático, donde sólo aparece como daguerrotipo *kitsch*. En la clasificación de Tarde, la cultura fósil que se basaría en la tradición como el medio de formar la opinión, de ahí su escasa eficacia comunicativa.

La cultura centrista o posibilista, la dominante hoy en día, es la cultura de la nueva clase. Representa el continuismo lampedusiano, el *aggiornamento* de las estructuras muchas veces al dictado de la iniciativa de la economía de mercado y de sus oligarquías. Bajo el anti-paradigma de la pasada guerra civil han establecido un *modus operandi* de consenso que soslaya *a priori* cualquier experimento rupturista.

Sus miembros se consideraron ungidos como la única clase política dirigente posible en la España de la antigua dos Españas. El continuismo es el axioma sobre el que edificaron la, en teoría, necesaria confrontación política de las formaciones que patrimonializan sucesivamente el poder. Se creen herederos de la democracia que disfrutamos y constituyen una casta liderada por hombres sin pasado en el pasado, como condición *in partibus* para ser ecuménicos sin responsabilidades ni compromisos heredados.

Esta cultura considera la democracia como un punto de partida y la monarquía como línea de salida, aunque su eclecticismo hace que la meta siempre sea algo provisional y contingente. Para esta comunidad política de intereses destinada en principio a hegemonizar la vida pública en España durante varias generaciones (al estilo de la Democracia Cristiana en Italia), el ejecutivo democrático por sí mismo aporta el carisma y la legitimación que conlleva la tentación de nunguear parasitariamente a los otros poderes del Estado.

Las cúpulas de las formaciones mayoritarias de esta cultura son partícipes de un legado que obliga a la transición sin ruptura y a la ósmosis entre sus estructuras en momentos de necesario recambio o

sucesión. Por eso, ante el desmoronamiento de UCD algunos de sus cuadros más sagaces y operativos se trasvasaron al PSOE y ahora, tras la llegada del PP, esa misma leva se apresta a crear condiciones para un nuevo consenso y la consiguiente transición. La combinación sucesoria entre sus elites, que se gestó sobre la base de amnesia ética frente al pasado y la entronización de liderazgos blancos, es uno de los arcanos de este Sistema.

La cultura dominante es pragmática y adquiere sus recursos entre la numerosa tropa de la estructura administrativa de nueva planta levantada bajo su égida. Este provechoso clientelismo se intensifica en los momentos de su hegemonía política (el famoso rodillo socialista), debilita la autonomía de la sociedad civil y crea las condiciones de manumisión que impelen el seguidismo en todos los agentes productivos por miedo a comprometer la estabilidad y prosperidad de sus negocios y empresas. Como ocurre con los mecanismos de la economía de casino, los regidores de esa cultura se hacen cada vez más prósperos e influyentes a medida que su entorno vital declina.

Los posibilistas gozan del amparo y protección de un magma de medios de comunicación oficiales, gubernamentales y asimilados que contribuyen a maquillar su gestión y su huella ante la opinión pública. Esta seguridad temeraria y autista origina a largo plazo una arteriosclerosis en el sistema dominante que, a la postre inevitablemente debilita su proyecto y le hace flagrantemente vulnerable.

De ahí que, a pesar de todo, la cultura del Sistema, cuando se embriaga por sus propios éxitos, provoque sucesiones y cambios de regímenes traumáticos, ajenos al armonioso devenir de la normativa democrática convencional.

Establecida la palabra como el espacio social de las ideas, la clave de la cultura centrista en el sistema comunicativo tardiano de referen-

cia sería la razón pragmática. Pero la razón entendida como una estructura de mensajes elaborados por una elite que encauza y dirige a la opinión pública. Esta elite, auténticos mandarines del pensar político cultural (pensamiento único cuando están en el poder y pensamiento plural cuando lo han perdido) redobla su capacidad de imitación por el hecho de controlar no sólo a los emisores sino también por producir y gestionar al mismo tiempo los mensajes que difunden.

El Sistema de cultura centrista posibilista dominante está representado por el PSOE, el gobierno, la administración, el PP, los partidos nacionalistas hegemónico y las formaciones sociales y poderes fácticos que han prosperado a su sombra o en la perspectiva de una alternativa sin peligro de compromiso. Además, estos dos bandos pactan sus propias «razones de estado», una línea divisoria sellada por la amnesia, la amnistía, los intereses y juegos del poder y dominio que en teoría les blindan frente a la irrupción de terceros en el mercado libre político.

La cultura antisistema y retóricamente regeneracionista es un sincretismo revanchista. Se ha formado por un aluvión de disidentes de las variadas familias que pueblan el sistema y aledaños («ángeles caídos»). Son extraparlamentarios en cuanto no tienen representación directa en las Cámaras, pero sí influencia. Gracias a su poder económico-financiero y mediático han logrado trasladar su mensaje a la opinión pública y hostigar a los dinosaurios del sistema.

Su mérito estriba en haber sabido actuar como una quinta columna que ha ido erosionando los principios de la cultura posibilista, demostrando su vacuidad y poniendo en evidencia que sus «estadistas» a menudo sólo protegían intereses domésticos y burdos aparatos de corrupción y dominio. Su acción radical y contestataria, surgida a veces desde las propias estructuras

del régimen que ahora demonizan, ha servido de hecho de banderín de enganche de una larga saga de agravios de postín. Hoy, por su impacto de presencia constituyen un movimiento.

Gran parte de su tirón en sectores sensibles de la sociedad reside en su habilidad para conocer los nuevos mecanismos de poder en las sociedades de la información. Mientras el Sistema edificaba su *ratio* política sobre el axioma marxista «la ideología dominante es la ideología de la clase dominante», el movimiento regeneracionista ha pasado página al diseñar la conquista del Estado desde la certeza de que la «ideología dominante prefigura la nueva clase dominante». Por eso se mueven entre la conspiración y la insaculación periodística.

En realidad, esta amalgama de movimiento político, grupo de presión, sociedad iniciática, sindicato de intereses, púlpito comunicativo y plataforma regeneracionista que significa la cultura antisistema no hubiera sido operativa (si movida, no movimiento) sin tangencial y lábil condición de «rupturistas». La eficacia de ciertos referentes regeneracionistas radica en simular denunciar los pactos estratégicos entre viejas y nuevas familias-partidos y sus respectivas «razones de Estado».

Esta arrogante supuesta voluntad de ruptura que manifiesta en sus hechos la cultura regeneracionista es utilizada por el Sistema como prueba de su desclasamiento y aventurerismo. Pero, desde Goethe sabemos que «nunca se llegó tan lejos como cuando no se sabe dónde se va». Por eso, todas las familias que histórica e históricamente integran la *Realpolitik*, conservadores y socialistas, a menudo polo positivo y polo negativo de un mismo circuito cerrado, ven como osados intrusos peligrosos a los regeneracionistas de salón.

Sin embargo, hasta ahora ése se ha soslayado hábilmente por los re-

generacionistas convirtiendo en cuerpo electoral en tiempo real a la opinión pública y vaciando de continente el concepto democrático. Así, frente al poder soberano imperativo del Gobierno, ellos erigen el escrutinio vigilante de las ondas, las audiencias de las televisiones y la difusión grandilocuente de su prensa. Y frente a las «razones de Estado», el imperativo mercantil-democrático de que los gestores respondan ante los accionistas con luz y taquígrafos.

Todo esto ha sido posible por un proceso de transferencia de hegemonía que está minando las bases sobre las que se asienta el poder. El gobierno conserva la mayoría electoral, principio de su legalidad. Sin embargo, su legitimidad puede ponerse en crisis si pierde el control de la mayoría social y la iniciativa para reconquistarla. Además, la aceleración social, al universalizar códigos, ha dejado obsoletos valores y convenciones que antes encarnaban las «autoridades» provocando un desfase entre normativa y realidad social y entre sociedad y cuerpo electoral.

El arma secreta de la cultura regeneracionista a la hora de conformar conciencias, crear opinión y determinar conductas sin limitación de horizontes, abriéndose camino en territorio colonizado por los mandarines del Sistema, consiste en haber descubierto la fuerza transformadora de la «conversación». Conversación entendida en el sentido que Tarde da a ésta como la herramienta que hace cristalizar vía imitación las ideas fuerza de los líderes de opinión.

A través de tertulias radiofónicas de recalcitrante subjetividad, columnistas *enrage* y prensa que elabora la información desde la compulsión de su propia valoración, en los últimos de Gobierno del PSOE, por ejemplo, los antisistema

lograron convertirse en una especie de primera fuerza de oposición extraparlamentaria de la sociedad civil. Remedando la eficacia y el poder de convicción de las «charlas junto a la chimenea», hostigando a sus adversarios con un plebiscito graneado, consiguiendo, además, arrancar nueva clientela sobre la estratificación social reglada.



Igual que en la antigua Roma los *Concilium Plebis* (*plebis scita*) llegaron a tomar carácter vinculante para todo el pueblo cuando quebraron la potestas de la clase patricia, los agitadores hertzianos intentan influir sobre el poder electoral. Para ello proyectan un mensaje de descodificación política que cala poco a poco en una masa crítica social que disiente del nuevo «centralismo democrático» del sistema de partidos.

En términos de mercadotecnia, la cultura regeneracionista actúa como un «nuevo producto» que ha conseguido ya posicionarse en el mercado después de cubrir con éxi-

to la primera y más difícil fase de introducción, despertando la atención y el interés de los «consumidores potenciales». Por el contrario, la cultura posibilista tiene un perfil de producto agostado, en fase de rápida declinación, que no reacciona a ningún plan de *marketing* porque ha perdido la confianza del «usuario» y, lo que es más importante, muchos creen que «no vale lo que cuesta».

Sin embargo, esta dinámica positiva de la cultura regeneracionista tiene sus voraces exigencias. Una de estas servidumbres, común como otras muchas como sus adversarios del Sistema, es la necesidad de proyectarse como una elite para trascender de la simple comunicación impersonal. La conversación muda su efecto imitador y por tanto su capacidad para crear y subvertir a la opinión pública si no es producida por una elite que provoca una «atención espontánea» y altos índices de seductora credibilidad. «La conversación es el agente más poderoso de la imitación, de la propaganda de sentimientos, así como de ideas y de modos de acción» (Tarde *dixit*).

El reto de la cultura regeneracionista es su presunto *label* de autenticidad. También es su Talón de Aquiles. Los antisistema ganaron años atrás carta de naturaleza más por su crítica y resuelta confrontación con el *establishment*, denunciando sus prácticas de corrupción, desfalcos, endogamia, nepotismo, cleptomanía, demagogia política y guerra sucia, que por la afirmación de sus valores. Se trata, pues, en esta primera etapa, de un movimiento esencialmente refractario que ha ganado unas «primarias» merced a su eficaz impulso comunicativo frente a una forma de «democracia estabulada» y que ahora

cuando con el PP en el poder juegan en casa empiezan a sentirse huérfanos y madrastras.

Si Clausewitz definió la política como el arte de hacer la guerra por otros medios, lo sustantivo del movimiento regeneracionista es que hace política (consigue sus objetivos estratégicos como colectivo de intereses) por medio de una guerra informativa y de comunicación-diana. Se trata de una contienda que busca legitimarse como un conflicto entre la sociedad abierta y la sociedad paternalista y virtual.

Pero las carencias y la recurrente falta de transparencia de la supuesta tercera vía no son sólo fruto de una defensiva teoría de la conspiración. Para los influyentes estamentos de la clase media y numerosos descontentos que han abonado el «espejismo» del prometido cambio, existen todavía muchos interrogantes que impiden contemplar a la cultura regeneracionista como una clara opción política de la sociedad civil que pregonan.

A saber: ¿En el escenario que dibujan algunos de sus representantes es política e históricamente razonable fomentar *per se* la discordia nacionalista? ¿Su concepto del Estado mínimo es social o malthusiano? ¿El sincretismo de partida del regeneracionismo, que cohabita simultáneamente con sectores conservadores de la

iglesia católica y la solera comunista de IU, dará de sí algo más que un movimiento antisocialista?

De momento, hasta ayer el éxito les acompañó, cumpliéndose algo de lo que constituye la base de las



leyes del sociólogo francés Tarde, en su estudio sobre el conductismo de la opinión pública. A saber, las «innovaciones políticas» se están difundiendo desde las elites hacia la sociedad y desde las capitales a la periferia, según el método de irradiación que siguieron las teo-

rias democráticas en el siglo XVIII para derrocar al viejo régimen.

Esa al menos sería una de las posibles interpretaciones de la brusca y elocuente desurbanización sufrida por el PSOE en las últimas elecciones. La defección de las clases medias, semillero de las innovaciones políticas, víctimas sobre todo de una política fiscal demagógica, completaría el escenario del ocaso de los últimos dioses monoclovisitas.

Al final el auténtico último signo del cambio dependerá de la calidad de las «innovaciones políticas», determinadas a su vez por lo que el Premio Nobel de Economía Simón Kuznets denominó «innovación trascendental». O en otras palabras, dependerá de que el poder del cambio de la actual globalización de la información entrañe algo realmente nuevo, progresista y democrático o sólo alumbre el nuevo absolutismo cibernético del tercer milenio convirtiendo a la democracia en desoladora y embrutecedora aritmética.

La habitual e indecente migración de ex-ministros y parlamentarios hacia el poder mediático como tertulianos o asimilados, versión a la viceversa de la recalitrante venalidad política de numerosos periodistas, es un signo de los tiempos y un mal augurio para la salud democrática.